

Un corazón obstinado (2)

Don Luigi Giussani, *El Sentido Religioso, Capítulo VI - siguiente*

Negación práctica de las preguntas

Si la primera postura afirmaba que las preguntas no tienen sentido, que no tienen ningún significado inteligible, ahora se trata de una actitud puramente existencial, de una concepción que simplemente se vive. No es que esas preguntas no punquen, ni duelan. Pero entonces es necesario plantearse la vida de tal modo que no afloren.

La primera forma está muy generalizada, es aquel «¡no pienses en ello!», tan conocido por todos, y también por nosotros. Como en el *Enrique IV* de Shakespeare, cuando Dora le dice a Falstaff, «¡Oh!, mi gracioso cerdito del mercado de san Bartolomé, ¿cuándo dejarás de guerrear de día y hacer esgrima de noche, y comenzarás a remendar tu viejo cuerpo para el cielo?». Falstaff responde: «Calla, mi buena Dora, no hables como una cabeza de muerto, no me recuerdes mi final»¹. Esta es la suprema sabiduría de la mayoría.

Pero aparece otra forma, por ejemplo, en una página de Kazimierz Brandys: la sociedad crea intereses para oscurecer el gran interés de la demanda esencial, la demanda de significado. Pero no lo logra. Y entonces la vida en sociedad se suplanta con el alcohol (hoy también con la droga).

«En las calles de nuestra ciudad la muchedumbre se mueve por amplias aceras, junto a edificios altos como nunca. Con una inquietud sorda y dolorosa busca el sabor de la jornada actual. Sedienta de fuertes excitaciones se vuelca en los cines, en los estadios, en las tabernas. No se contenta con la motivación social de la existencia, aunque haya tenido que reconocer su lógica, ilustrada todos los días con mil argumentos. Generalmente los argumentos le convencen: la muchedumbre no está formada por locos. Entiende la importancia del trabajo en su vida, toma en serio el esfuerzo organizado, siente respeto por la energía material, fuente de éxitos futuros. Sin embargo, todo esto no disipa sus inquietudes. Los principios y los objetivos no apaciguan las nostalgias. Atormentada por un confuso deseo, anhelando olvidar el programa necesario para realizarlo, la muchedumbre quiere descubrir el sabor de la vida, que le permita gustar el placer durante la existencia. No es exigente en esto, toma aquello que se le da. El alcohol contiene la garantía más segura para reconciliarse con el presente, una botella de medio litro contiene el porcentaje deseado de irracionalidad...»².

En la *Tempestad* de Shakespeare se dice en un determinado momento: «En el error el último fin olvida las premisas»³. Es necesario construir una sociedad más justa, etc...: esto podría ser un fin último. Pero, ¿dónde está el error de la cultura de hoy? En que olvida las premisas, premisas que están en la conciencia del hombre, de donde brotan a gritos las últimas preguntas. Y estas preguntas penetran en las relaciones que se tienen con los hijos, con los amigos, con los extraños; penetran en el trabajo y el sustento; penetran en el modo de decir «¡Qué hermoso día hace hoy!»; penetran en el modo en que se afronta el problema social. Es más, la atracción del problema social se produce precisamente, no por la lógica de ese problema en cuanto tal, sino por la exigencia, por la pasión o sed de justicia que jamás encontrará metro ni medida que la agoten, nunca jamás.

¹ Cf. W. Shakespeare, *Enrique IV*, parte II, acto II, escena IV.

² K. Brandys, *La difesa della «Grenada» e aun raccontí*, Mondadori, Milán 1961, p. 41.

³ Cf. W. Shakespeare, *La tempestad*, acto II, escena 1.

En los comienzos de la generación Beat de los años 60, uno de los eslóganes más conocidos era éste: «Debemos caminar. Pero, ¿adónde vamos? No lo sé, pero es necesario caminar». Hacer cosas para no sentir, para no profundizar en una inquietud evidente.

Hay un matiz de escepticismo en esta actitud, que subyace en la irresponsabilidad de la mayoría (porque el escepticismo siempre coincide con la huida del compromiso con la integridad de los factores de la realidad). En un libro apócrifo de la Biblia, el *Cuarto Libro de Esdras*, se dice: «¿Qué ventaja hay en que nos sea prometida la esperanza imperecedera si aquí estamos arrojados a la infelicidad?»⁴. Por eso —se concluirá—, ¡dejemos las últimas preguntas y dediquémonos a estar bien aquí!

Pero la presentación más noble, más formulada, más motivada filosóficamente, la única alternativa digna al compromiso en una vida sinceramente religiosa, es decir, verdaderamente comprometida con las preguntas últimas, es el ideal estoico de la ataraxia, de la imperturbabilidad.

John Palstaff se dedica a hacer de espadachín, Fulano se entrega al alcohol, Mengano a la droga, Zutano a la droga del escepticismo; pero existe todavía una postura mucho más compleja y hábil. Puesto que no es posible dar respuesta a esas preguntas, es necesario anestesiarnos frente a ellas. He aquí entonces al hombre digno y sabio que se entrena en el dominio de sí mismo y construye un equilibrio totalmente racional para sí, imaginado y realizado por él mismo, equilibrio que le vuelve firme e impávido frente a todas las vicisitudes.

Este es el supremo ideal al que tienden todas las concepciones no religiosas del hombre, sea cual sea la filosofía que las sustente. (...)

Pero esto se ha convertido en el ideal de mucha literatura contemporánea. Invito a leer el final del *Adiós a las armas* de Hemingway: el hombre que supera el dolor por la muerte de su mujer y se aleja silbando, ¡he ahí al hombre «racional», dueño de sí!»⁵. (...)

El ideal de la ataraxia, el ideal de la imperturbabilidad conquistada mediante el dominio incansable de uno mismo, además de ser algo inadecuado es ilusorio, porque no dura, sino que depende de la casualidad. Tú puedes hacerte imperturbable e inatacable, pero en la medida en que no estés ya árido, en la medida en que mantengas tu humanidad fuerte y despierta, tarde o temprano tu construcción, que quizá te haya exigido una larga ascesis de años, una incesante reflexión filosófica y una tenaz presunción, se verá destruida simplemente con un soplo. (...)

La respuesta a las preguntas de la vida no radica en este dominio, en este gobierno de uno mismo.

Los grillos, que por un instante callan al ruido de la caída del cuerpo del pequeño señor Friedemann en el agua para dejarse ahogar, recuerdan la indiferencia del «burro gris» del poema *Delante de San Guido* de Carducci⁶, o *Y las estrellas se quedan mirando* de Cronin, o *El libro* de Pascoli⁷: son el símbolo de una naturaleza que, impávida, insensible, abandona ella también al hombre en su soledad total cuando éste a su vez olvida de algún modo su impulso hacia el misterio, hacia el que lo empujan con autoridad las preguntas que constituyen su corazón.

⁴ Cf. P. Sacci (ed.), *Apocrifi dell'Antico Testamento*, UTET, Turin 1989, vol. 2, pp. 335-336

⁵ Cf. E. Hemingway, *Adiós a las armas*, Luis de Caralt Editor, Barcelona 1990, p. 340.

⁶ «Jadeando se perdía el tren / Mientras lloraba yo en mi corazón; / Y de potros un seductor retén / Relinchaba con un alegre son. / Pero un asno gris, mascando una zarza / Granate y turquesa, no se alteró: / Aquel bullicio ignoró su mirada; / serio y tranquilo paciendo siguió» (G. Carducci, «Davanti San Guido», vv. 109-116, en *Poesie*, Garzanti, Milán 1978, p. 338).

⁷ «Siempre. Yo lo escucho, entre las voces errantes, / invisibles, allí, como el pensamiento, / hojear, adelante y atrás, atrás y adelante, / / bajo las estrellas, el libro del misterio» (G. Pascoli, «El libro», en L. Giussani, *Mis lecturas*, op. cit., p. 36).

Y las «risas ahogadas» de la gente a lo largo de la alameda denuncian su lejanía y su impermeabilidad a la sed trágica de amor y de felicidad que hay en el corazón del pequeño señor Friedemann, exactamente como la inconsciente indiferencia de los grillos.

Para la belleza...

Textos para profundizar

Negación práctica de las preguntas - 1

Veamos ante todo una poesía de Evtuchenko, ejemplo de la ataraxia vivida pragmáticamente y sentida estéticamente.

*«En sobrecargados tranvías,
amontonándonos juntos,
meneándonos juntos,
juntos nos tambaleamos. Iguales nos hace
un igual cansancio.
De vez en cuando nos engulle
el metro,
luego, por su boca humeante,
nos escupe.
Por calles desconocidas, entre remolinos blancos
caminamos, hombres junto a hombres.
Nuestros alientos se mezclan entre sí,
se intercambian y se confunden las huellas.
De los bolsillos sacamos el tabaco,
canturreamos alguna canción de moda.
Empujándonos con los codos,
decimos «perdón», o no decimos nada.
La nieve choca en los rostros tranquilos.
Nos intercambiamos sordas, avaras palabras.
Y todos nosotros, precisamente nosotros, henos aquí,
¡todos juntos somos
eso que en el extranjero llaman Moscú!
Nosotros que caminamos con nuestras bolsas
bajo el brazo, con nuestros paquetes y envoltorios,
somos esos que lanzan a los cielos astronaves
y que asustan corazones y cerebros.
Cada uno por su cuenta, a través de
nuestras Sadovye, Lebyazie, Trubnye,
siguiendo su propio itinerario,
y sin conocernos unos a otros,
rozándonos el uno con el otro
caminamos...»⁸*

⁸ E. Evtuchenko, «In stracarichi tramvai» en *Poesie*, Garzanti, Milán 1970, pp. 91-91.

Impermeabilidad, aridez total.

Negación práctica de las preguntas - 2

En la sección *Italia pregunta* del semanario «Epoca», Augusto Guerriero publicaba la petición de un lector y luego le respondía. Veamos una de estas preguntas y respuestas:

«Me dirijo a usted como el único que puede ayudarme. En 1941, con sólo 17 años, me tomé en serio el slogan «fascista perfecto, libro y mosquetón», y dejé mi casa y mis estudios enrolándome en los batallones M. Combatí en Grecia contra los partisanos, fui herido, capturado después por los alemanes y llevado prisionero a Alemania. En la prisión enfermé de tuberculosis. Al volver a casa mantuve oculta mi enfermedad a todos, incluso a mis familiares. Y esto porque, en la mezquina mentalidad común, un enfermo de tuberculosis, aunque no sea contagioso (como es mi caso), es un ser a evitar, del que tener compasión y al que acercarse solamente si estás obligado a ello y con mil precauciones. Y yo no quería esto. Sabía que no era peligroso y quería vivir como todos los demás hombres, junto a todos los otros. Volví a estudiar, me diplomé y encontré un pequeño trabajo. He vivido durante años de forma descuidada, olvidando con frecuencia el haber estado enfermo alguna vez. Ahora, sin embargo, la enfermedad progresa y yo siento que se acerca mi fin. Durante el día me distraigo intentando vivir intensamente. Pero de noche no consigo dormir y el pensamiento de que dentro de poco dejaré de existir me produce un sudor frío. A veces creo enloquecer. Si tuviera el consuelo de la fe podría refugiarme en ella, encontraría la resignación necesaria. Pero, desgraciadamente, perdí la fe hace ya tiempo. Y las muchas lecturas, quizá demasiadas, que me la hicieron perder, no me han dado en cambio esa frialdad, esa tranquilidad que permite a otros afrontar el paso serenamente. En definitiva, me he quedado solo e indefenso... Y por esto me dirijo a usted. Admiro su serenidad, que se refleja en todos sus escritos, y le envidio. Estoy seguro de que una carta suya me sería de gran alivio y me daría fuerzas. Si puede, le ruego que me ayude».

Respuesta:

«...Pero dígame: ¿qué puedo hacer yo por usted? ¿Escribirle una carta? Y ¿para qué puede servirle una carta? Yo escribo sólo de política y ¿de qué serviría que yo le escribiera de política? A usted sería necesario hablarle de otras cosas y yo nunca escribo sobre esas otras cosas; mas aún, ni siquiera pienso en ellas. Precisamente para no pensar en ellas escribo de política y de asuntos que, en el fondo, no me importan nada. Así consigo olvidarme de mí y de mi propia miseria. Este es el problema: encontrar el modo de olvidarse de uno mismo y de la propia miseria»

No es cosa sabia afirmar que «durante el día me distraigo intentando vivir intensamente» no puede tener sabiduría un consejo que enseñe a olvidar. ¿Asegura que vive *intensamente*, como hombre, razonablemente, al tratar de vivir olvidando? No son posturas adecuadas a lo que nosotros somos.

Negación práctica de las preguntas - 3

El ideal de la ataraxia, el ideal de la imperturbabilidad conquistada mediante el dominio incansable de uno mismo, además de ser algo inadecuado es ilusorio, porque no dura, sino que depende de la casualidad. Esto queda vivamente reflejado en una de las novelas juveniles de Thomas Mann. El gran genio expresa acertadamente la cultura dominante, y le resulta imposible no traslucir la inquietud que hay en ella, su inadecuación. El título de la novela es *El pequeño señor Friedemann*.

El protagonista es el cuarto hijo de una rica y noble familia de cierta ciudad alemana. Una desgracia ocurrida poco después de nacer lo ha dejado enano, con el pecho aplastado, jorobado, con la cabeza hundida y gravemente

raquítrico. La naturaleza multiplica en él la sensibilidad de autodefensa, de manera que aquel individuo dedica instintiva e inconscientemente toda su inteligencia, toda su fuerza de voluntad, a construirse un «modus vivendi» en el que los impulsos del instinto, de lo que le atrae, de las propuestas que recibe, no le puedan turbar: intuye que no puede permitirse lo que se permiten los demás. Por eso se acostumbra a ser comedido. Y así había crecido en una gran monotonía, pero con un orden y un equilibrio total. La gente de la ciudad le estimaba, porque entendía que era un hombre que se gobernaba a sí mismo con inteligencia. No le amaban, pero le estimaban. Sólo había una cosa a la que se había dedicado, un único hobby, por así decirlo: el teatro. Todo un símbolo: jamás había sido actor en la vida, sino espectador. En efecto, el ideal de la ataraxia es convertirse lo más posible en espectador de la equívoca y peligrosa impetuosidad de la vida. Pero un absurdo enamoramiento, totalmente imprevisible y fuera de lugar, destruye en pocos días, menos aún, en un segundo, aquel orden tan perfectamente controlado hasta entonces. Y toda la entereza de la ataraxia, toda la inteligencia y la fuerza con que se había construido, quebrantadas de golpe, le llevan a convertirse en un frío suicida⁹.

⁹ «[...] se dejó caer lentamente a sus pies. Había tocado con su mano la de ella, que había dejado apoyada sobre la banqueta; la estrechó, aferró la otra y permaneció delante de ella arrodillado, pobre ser deforme, tembloroso y convulso [...]. Entonces, de improviso, con un tirón, ella retiró sus manos de aquellos dedos de fuego con una breve risa orgullosa y despreciativa, lo tomó por el brazo y lo empujó hacia un lado arrojándolo al suelo. [...] Arrastrándose sobre el vientre avanzó más aún, levantó el cuerpo y lo dejó caer al agua. No levantó la cabeza; no movió siquiera las piernas, que quedaron tendidas sobre la orilla. El ruido del agua al agitarse acalló los grillos por un momento. Pero inmediatamente tornó su chirriar, el parque emitió un callado rumor y abajo, por la larga avenida, resonó el apagado eco de una risa. (T. Mann, «Il piccolo signor Friedemann» en *Racconti*, Mondadori, Milán, p. 80).